EL DANDISMO

I

Es más difícil agradar á las gentes de sangre fría que conquistar el amor de algunas almas de fuego.
(*Tratado de la Princesa.*—Inédito.)

Los sentimientos tienen su destino, y hay uno para el cual todo el mundo es despiadado: la vanidad Contra ella vienen clamando en sus libros los moralistas, incluso los que mejor han demostrado el amplio puesto que ocupa en nuestras almas. Los hombres de mundo, moralistas también á su ma-

nera, puesto que tienen que juzgar la vida veinte veces al día, han repetido la sentencia pronunciada por los libros contra ese sentimiento, que, á oirlos á ellos, parecería el último del todos.

Cabe deprimir las cosas, como se deprime á los hombres. ¿Será verdad que la vanidad es el último sentimiento en la jerarquía de los afectos del alma? Y si es el último, si está en su sitio, ¿por qué menospreciarlo?...

Pero, ¿es el último siquiera? ¿No estriba el valor de los sentimientos en su importancia social? Y entonces, ¿qué puede haber, en el orden afectivo, más útil á las sociedades que ese inquieto anhelo de la aprobación ajena, que esa inextinguible sed de los aplausos del público, que en las cosas grandes, se llama *amor de la gloria*, y, en las pequeñas, *vanidad*? ¿Acaso el amor, la amistad, el orgullo? El amor en sus mil matices y en sus numerosas derivaciones, la amistad, el propio orgullo, implican cierta preferencia de alguna ó varias personas, ó

de uno mismo, y esa preferencia es exclusiva. La vanidad mira á todo. Si á veces prefiere ciertas aprobaciones su nota característica—y su mérito—es sufrir, cuando le falta una sola; no duerme pensando en esa rosa que se cierra. El amor dice al ser amado: «Tú eres mi universo,» la amistad: «Tú me bastas,» y á menudo: «Tú me consuelas.» Del orgullo no hay que hablar; es silencioso. Un hombre de brillante ingenio decía: «Es un rey solitario, ocioso y ciego; lleva en los ojos la diadema.» La vanidad tiene un universo menos estrecho que el del amor; lo que basta á la amistad, para ella no es suficiente. Es una reina también como el orgullo; pero una reina acompañada, ocupada y de vista penetrante, que lleva puesta la diadema donde la embellece más.

Procedía decir lo que antecede antes de hablar del dandismo, fruto de de esa vanidad vituperada con excesoso, y del gran vanidoso Jorge Brummell.

II

Cuando la vanidad está satisfecha y lo demuestra, se convierte en fatuidad. Es el nombre impertinente que han inventado los hipócritas de la modestia—es decir, todo el mundo—por miedo á los sentimientos verdaderos. Así, sería un error creer, como se cree acaso, que la fatuidad no es más que vanidad desmostrada en nuestras relaciones con las mujeres. No; hay fatuos de todas clases: los hay de nacimiento, de fortuna, de ambición, de ciencia. Tufiere es uno; Turcaret, otro. Sólo que, como las

mujeres ocupan tanto puesto en Francia, se ha dado el nombre de fatuidad singularmente á la vanidad de los que les agradan y se creen irresistibles. Pero esa fatuidad, común á todos los pueblos donde representa algo la mujer, no ha de confundirse con la que, bajo el nombre de *dandismo*, pugna hace algún tiempo por aclimatarse en París. La una es forma de la vanidad humana, universal; la otra una vanidad particular, particularísima, de la vanidad inglesa. Por eso no es francesa la palabra *dandismo:* porque en la lengua de Voltaire tiene su nombre todo lo que es universal, humano; pero lo que no lo es, sólo figura en su seno á título de importación.

El término será tan extraño siempre como lo que significa. Inútil es que queramos reflejar todos los colores; el camaleón no puede reflejar el blanco, y el blanco en los pueblos es la fuerza misma de su originalidad. Así poseyésemos en mayor escala todavía el poder de asimilación que nos distingue, este don de Dios no triunfaría de

ese otro don, de ese otro poder—el poder de ser quien somos—que constituye la personalidad, la esencia de un pueblo. Pues bien: lo que produce el llamado dandismo es la fuerza de la originalidad inglesa impresa en la vanidad humana—*esa vanidad arraigada hasta en el corazón de los marmitones*—y contra la cual el menosprecio de Pascal no era más que una ciega insolencia. No hay medio de compartir tal cosa con los ingleses; es íntima, como su genio mismo. El remedio nunca será la semejanza. Puede copiarse un porte ó una actitud, como la forma de un frac; pero la comedia es fatigosa: es cruel y espantoso llevar una careta aun para las gentes maduras, que serían, en caso necesario, los Fiscos del dandismo; con mucha más razón para nuestros amables jóvenes. El tedio que estos últimos respiran é inspiran no les da más que un falso tinte de dandismo. Pueden poner cara de disgusto, si les place, y calzar guante blanco hasta el codo, pero el país de Richelieu no producirá un Brummell.

III

Esos dos fatuos célebres pueden parecerse por lo que toca á la vanidad universal, humana; pero los separa la fisiología entera de una raza y el genio entero de una sociedad. Pertenecía el uno á esta raza neurosanguínea de Francia, que llega hasta los últimos límites en la impetuosidad de sus transportes; descendía el otro de esos hombres del Norte, linfáticos y pálidos, fríos como el mar, de que son hijos, pero irascibles. como él, y aficionados á calentar su sangre helada con la llamada de los alcoholes *(high-*

spirit.) Aunque de opuesto temperamento, los dos tenían una gran dosis de vanidad y la tomaron naturalmente por móvil de sus acciones. Por este lado, ambos desafían igualmente las censuras de los moralistas que condenan la vanidad, en vez de clasificarla y de absolverla. Después de todo, ¿hay motivo para asombrarse de esta condenación, tratándose de un sentimiento oprimido desde hace mil ochocientos años bajo la idea cristiana del menosprecio del mundo, que aun reina al presente en los espíritus menos cristianos? Y, por otra parte, ¿no cobijan casi todas las gentes de talento, allá en el fondo de su sér, alguna preocupación ante la cual se postran humildes para hacer penitencia por el talento que poseen? Así se explica todo lo malo que no dejarán de decir de Brummell los hombres que se creen serios, porque no saben sonreir. Así se explican, más aún que por espíritu de partido, las crueldades de Chamfort contra Richelieu. Lo atacó con su espíritu incisivo, brillante y ponzoño-

so, como con un estoque de cristal envenenado. En eso Chamfort, por ateo que fuese, sufrió el yugo de la idea cristiana, y, como vanidoso que era también, no supo perdonar el sentimiento, que á él le hacia sufrir la ventura que á otros deparaba.

Porque Richelieu disfrutó, como Brummell -- y aun más que Brummell -- de todos los linajes de gloria y de placer que crea la opinión. Ambos, obedeciendo á los instintos de su vanidad (aprendamos á pronunciar sin horror esta palabra), como se obedece á los instintos de la ambición, del amor, etc., lograron pleno éxito; pero ahí acaba la analogía. No sólo diferían por su temperamento individual, sino que también reflejaban los contrastes de las sociedades á que pertenecieron La de Richelieu había roto todos sus frenos, arrebatada por su sed insaciable de goces; la de Brummell tascaba los suyos aburrida. La del primero era disoluta; la del segundo hipócrita. En esa doble disposición radica ante todo

la diferencia que existe entre la fatuidad de Richelieu y el dandismo de Brummell.

IV

Porque Brummell, en efecto, no fué más que un *dandi*. Richelieu, antes de ser un fatuo del género que su nombre representa, era un gran señor en medio de una aristocracia expirante. Era general en un país militar. Era bello en una época en que los sentidos rebelados compartían arrogantemente el imperio con el pensamiento, y en que las costumbres del tiempo no prohibían lo que agradaba. Haciendo caso omiso de lo que llegó á ser Richelieu se concibe todavía á Richelieu. Tenía de su parte todas las fuerzas de la

vida. Pero suprimid el dandí: ¿qué queda de Brumell? No podía ser nada más, pero tampoco nada menos, que el mayor dandí de su tiempo y de todos los tiempos. Lo fué de una manera cabal, fiel, y casi podría decirse que ingenua, si no pareciera una osadía. En la masa confusa que llamamos cortesmente una sociedad, casi siempre sucede ó que el destino es superior á las facultades ó que las facultades son superiores al destino. En él, en Brummell--cosa rara--hubo acuerdo entre la naturaleza y el destino, entre el genio y la suerte. Más espiritual ó más apasionado era Sheridan; más gran poeta (porque Brummell lo fué) era lord Byron; más gran señor era lord Yormouth ó Byron mismo, todos los cuales, y tantos otros de esa época, famosos en todos los géneros de gloria, fueron dandíes, pero algo más. Brumell no tuvo ese algo, que, en los unos, era pasión ó genio, en los otros un alto nacimiento, una inmensa fortuna. Ganó con esa indigencia, porque, reducido á la exclusiva fuerza de

las cualidades que lo distinguieron, se elevó á la categoría de una cosa: fué el dandismo personificado.

V

El dandismo es tan difícil de describir como definir. Los espíritus, que no ven las cosas sino por el lado más pequeño, se figuran qne era sobre todo el arte de presentarse, una dictadura audaz y afortunada en punto al vestir y á la elegancia exterior. También seguramente es eso; pero es mucho más (1). El dandismo constitu-

(1) Todo el mundo se engaña sobre el particular, ¡incluso los ingleses! ¿No se ha creído obligado últimamen-

ye toda una manera de ser, reflejada naturalmente en la apariencia mate-

.....

te Tomás Carlyle, el autor del *Sartor resartus*, á hablar del dandismo y de los dandíes en un libro que titula *Filosofía del traje (Philosophy of clothes)*? Pero Carlyle se ha limitado á dibujar un grabado de modas con el lápiz ébrio de Hogarth, y ha dicho: «¡He ahí el dandismo!», cuando no es su caricatura siquiera, porque la caricatura lo exajera todo sin suprimir nada: es la exajeración extrema de la realidad, y la realidad del dandismo es humana, social y espiritual.. No es un vestido que anda solo; al revés, lo que crea el dandismo es cierta manera de llevarlo. Se puede ser dandí con un traje de mala muerte. Lo fué, á no dudar, lord Spencer con un frac que no tenía ya más que un faldón. Verdad es que lo cortó, convirtiendo la prenda en lo que después ha llevado su nombre. Hasta ha habido un momento—¿se creerá?—en que los dandíes han tenido el capricho de las *prendas rapadas*. Era precisamente en tiempo de Brummell. Habían llegado á los límites de la impertinencia, y dieron en esa singularidad, que era tan *dandí* (no encuentro otro término más adecuado), de raspar los

rial y visible. Es una manera de ser compuesta en absoluto de matices,

---

fraques antes de ponérselos, hasta reducirlos á una especie de encaje—una nube—¡Querían ir envueltos en su nube aquellos dioses! La operación era delicadísima y muy larga, y, para realizarla, se usaba un trozo de vidrio afilado. He ahí lo que se llama un verdadero hecho de dandismo. El traje no entra aquí para nada, ni apenas existe ya.

Otro hecho: Brummell llevaba guantes que se amoldaban á la mano como si hubiesen sido de muselina mojada. Pero el dandismo no consistía en la perfección de esos guantes que seguían el contorno de las uñas como la carne misma, sino en que hubiesen sido hechos por cuatro artistas especiales: uno para el dedo pulgar y tres para el resto (*).

(*) Tengo tal deseo de ser claro y de que se me entienda que no temo incurrir en una ridiculez: pondré nota á una nota. El príncipe de Kounitz, que, sin ser inglés (verdad es que era austriaco), se acerca mucho á los dandíes por su tranquilidad, su indiferencia, su *frivolidad majestuosa* y su

como siempre ocurre en las sociedades muy viejas y muy civilizadas, don-

---

Tomás Carlyle, que ha escrito otro libro titulado *Los heroes*, y que nos ha dado el Héroe Poeta, el Héroe Rey, el Héroe Hombre de letras, el Héroe Sacerdote, el Héroe Profeta y aun el Héroe Dios, hubiera podido darnos el Héroe de la elegancia ociosa—el Héroe Dandí;—pero lo ha olvidado. Con todo, lo que dice en el *Sartor resartus*, de los dandíes en general, á quienes cuelga el mote de *Secta (Dandiacal Sect)*, prueba de sobra que el Juan Pablo inglés, con su mirada embrollada de alemán, no hubiese visto nada de esos matices precisos y fríos que *fueron* Brumell. Habría hablado de él tan profundamente como esos historiadorzuelos

feroz egoísmo (decía arrogantemente: «¡*Yo no tengo un amigo*!» y ni la muerte ni la agonía de María Teresa le hicieron adelantar la hora de levantarse, ni abreviar un minuto el tiempo que dedicaba á su indescriptible arreglo personal); el príncipe de Kaunitz no era un dandí cuando se ponía un corsé de raso como la andaluza de Alfredo de Musset, pero lo

de llega á ser tan rara la comedia, y donde las conveniencias á duras penas triunfan del hastío. No hay ninguna parte donde el antagonismo entre las conveniencias y el aburrimiento que engendran se haga sentir más violentamente que en el fondo de las costumbres de la Gran Bretaña, en la sociedad de la Biblia y el derecho; y quizás de ese combate sin cuartel, perdurable, como el duelo de la

---

franceses que han juzgado á Brummell, en Revistas de una ridícula gravedad, lo mismo que hubieran podido hacerlo los zapateros ó los sastres á quienes él no se dignase dar trabajo. ¡Dantans de tres al cuarto que han grabado su busto con el cortaplumas en la pasta de un jabón de Windsor que despreciaría cualquiera para el baño.—(N. del A.)

era cuando, para dar á sus cabellos el *matiz preciso*, atravesaba una fila de salones, cuyo tamaño y número había calculado, á fin de que los ayudas de cámara, provistos de sus correspondientes borlas, le fuesen echando polvos, *no mas que mientras pasaba*.

Muerte y del Pecado en Milton, dimana la originalidad profunda de esa sociedad puritana, que produce en el dominio de la ficción á Clarisa Harlowe, y en el de la realidad á lord Byron (1). El día en que se decida la victoria, probablemente la manera de ser llamada dandismo se modificará mucho, si aun existe, toda vez que procede de ese estado de lucha sin fin entre las conveniencias y el fastidio (2).

---

(1) En punto á escritores produce también mujeres como miss Edgeworth, miss Aikin, etc.

(Véanse las Memorias de esta última sobre Isabel: estilo y opiniones de una pedante y una gazmoña sobre una gazmoña y una pedante.—(Nota del A.)

(2) Ocioso es insistir sobre el hastío que corroe el corazón de la sociedad inglesa, y que le da una triste superioridad, en lo que toca á corrupciones y suicidios, sobre las sociedades á quienes ese mal devora. El tedio moderno es hijo del análisis; pero á este tedio, que á todos nos domina,

Así, una de las consecuencias del dandismo, uno de sus principales caracteres—ó, por mejor decir, su carácter más general—es producir lo imprevisto, lo que no puede esperar en buena lógica el espíritu acostumbrado al yugo de las reglas. También lo produce la excentricidad—otro fruto del suelo inglés—pero de distinto modo, de un modo desenfrenado, salvaje, ciego, como revolución individual contra el orden establecido, y á veces contra la Naturaleza—revolución rayana en la locura.—El dandismo, al contrario, se burla de la regla, y, sin embargo, la sigue respetando. Padece bajo su imperio, y se venga de ella en medio de su sumisión; reivindica sus propios fueros, cuando se sustrae á su influencia; alternativamente

---

júntase en la sociedad inglesa, la más rica del mundo, el tedio romano, hijo de la saciedad, y que multiplicaría el número de los Tiberios en Capreа, si el promedio de las sociedades se compusiese de almas más viriles —(Nota del A.)

la domina y se ve dominado: ¡doble y mudable carácter! Para tal juego, la persona necesita tener á su servicio todas las flexibilidades que constituyen la gracia, al modo que los matices del prisma reunidos forman el ópalo.

He ahí lo que Brummell tenía. Poseía la gracia como el cielo la da y como á menudo la falsean las presiones sociales; pero, en fin, la poseía, viniendo á responder de esa suerte á la sed de capricho de las sociedades hastiadas y plegadas demasiado duramente bajo los estrechos rigores de las conveniencias. Era una prueba viviente de esta verdad que hay que repetir de continuo á los hombres formalistas: que si se cortan las alas á la fantasía, vuelven á crecer dobles de largas (1). Poseía esa rara y encantadora familiaridad que todo lo toca y no profana nada. Vivió de igual á igual con todas las potencias, con todas las eminencias de su época, elevándose á su nivel gracias á su desenvoltura. Donde habrían naufragado los más hábiles, él se salvaba. Su audacia era acierto. Podía tocar el hacha impunemente. Se ha dicho, no obstante, que ese hacha, cuyo filo desafió tantas veces, acabó por cortarlo; que interesó en su pérdida la vanidad de un dandí, como él, de un dandí real, de Su Majestad Jorge IV, pero tan grande había sido su imperio, que lo habría recuperado á quererlo.

(1) Véase en los periódicos americanos el entusiasmo inspirado por miss Essler á los descendientes de los Puritanos de la vieja Inglaterra: ¡las piernas de una bailarina trastornando Cabezas Redondas!—(N. del A.)

VI

Toda su vida fué una influencia, es decir, una cosa que difícilmente puede contarse. Se siente mientras dura y, cuando ya no existe, se pueden señalar sus resultados; pero, si esos resultados son de la misma naturaleza que la influencia que los creó y dejan de subsistir, se hace imposible la historia. Cabe encontrar á Herculano debajo de las cenizas; pero bastan algunos años para sepultar las costumbres de una sociedad, mejor que todo el polvo de los volcanes. Las Memorias, historia de esas costumbres, no son

por su parte más que aproximaciones (1). No reaparecerá, pues, á nuestros ojos, clara y circunstanciada, como sería preciso, ya que no viva, la sociedad inglesa del tiempo de Brummell, ni se podrá seguir, por consiguiente, en su accidentado curso y en toda su extensión, la acción del dandí sobre sus contemporáneos. El dicho de Byron de que deseaba ser Brummell mejor que Napoleón, parecerá siempre una afectación ridícula ó una ironía. El sentido verdadero de semejante frase se ha perdido.

Pero, en vez de insultar al autor de *Childe-Harold*, procuremos comprenderlo, cuando expresaba su audaz preferencia. Como poeta, como hombre de fantasía, podía apreciar y admiraba el imperio de Brummell sobre la fantasía de una sociedad hipócrita y

(1) Y aun no siempre ¿Qué son, por ejemplo, las *Memorias* de Wraxall? Y, sin embargo, ¿qué hombre hubo nunca en mejor situación para observar que ése?—(N. del A.)

cansada de su hipocresía. Era un caso de omnipotencia individual, que debía seducir á su genio caprichoso más que cualquiera otra manifestación de omnipotencia.

VII

A pesar de todo, con expresiones semejantes á las de Byron, se escribirá la historia de Brummell, y, como por una burla singular del destino, tales expresiones se encargaran de hacer la indescifrable. No pudiendo justificarse la admiración con hechos que se han desvanecido totalmente, por ser efímeros de suyo, la autoridad del nombre más grande, el homenaje del genio más fascinador, no servirán sino para aumentar la obscuridad del enigma. En efecto, lo que menos subsiste de toda sociedad, la parte de las

costumbres que no deja restos, el aroma demasiado sútil para que se conserve, son las maneras, las intrasmisibles maneras (1) por las cuales fué Brummell un príncipe de su tiempo. Semejante al orador, á los grandes actores, á todos esos espíritus que hablan al cuerpo mediante el cuerpo, como Buffon decía, Brummell no tiene más que un nombre que brilla con misterioso reflejo en todas las Memorias de su época. Esas Memorias explican mal el puesto que allí ocupa, pero aunque no lo explican, se ve, y es cosa que vale la pena de meditarse. En cuanto al estudio detenido del retrato que falta por hacer, ningún hombre ha afrontado hasta aquí esa penosa lucha, ningún pensador ha procurado darse cuenta seria y severamente de ese influjo que responde á una ley ó á la desviación de una ley—que es

(1) Las maneras son la fusión de los movimientos del espíritu y del cuerpo, y los movimientos no se pintan.—(N. del A.)

otra ley todavía.—Para ese empeño, los espíritus profundos no tenían bastante delicadeza, y los espíritus delicados no tenían bastante profundidad.

Con todo, varios han hecho el ensayo. En vida misma de Brummell, dos plumas célebres, pero cortadas con demasiada finura y mojadas en tinta de China demasiado perfumada, trazaron en un papel azulado, con cantos de plata, algunos rasgos, fáciles al través de los cuales, se ve á Brummell. Como vaporosidad espiritual y como perspicacia, las pinturas eran deliciosas. Es una la de *Pelham;* es otra la de *Granby*. Ambas son también, hasta cierto punto, la de Brummell, puesto que dogmatizan sobre el dandismo. Pero, ¿tuvieron los autores la intención de retratar al dandí, sino en los hechos de su vida, por lo menos en la realidad de su sér y con la verosimilitud de la novela? El de *Pelham*, seguramente no. El de *Granby*, es más fácil creerlo: el retrato de Trebeck parece hecho en vista del original vivo: porque no se inventan aquellos

matices extraños, reflejos en parte de la naturaleza, en parte de la sociedad, y se adivina que la presencia del modelo ha debido vivificar las pinceladas que los trazan.

Pero, aparte de la novela de Lister (donde sería más fácil encontrar á Brummell, que en el *Pelham* de Bulwer), no hay en Inglaterra ningún libro que presente al dandí tal como fué, y que explique con alguna claridad el poder del personaje. Recientemente, es cierto, un hombre distinguido (1) ha publicado dos volúmenes en que ha reunido, con una paciencia de ángel curioso, todos los hechos conocidos de la vida de Brummel. ¿Por qué tantos esfuerzos y tanta solicitud no han de haber conducido más que á una crónica timorata, sin las revelaciones de la historia? La que falta precisamente es la explicación histórica

(1) El capitán Jesse. Ha publicado dos abultados volómenes en 8.° sobre Brummell; y, antes de publicarlos, puso á nuestra disposición, con la mayor galantería, los datos que poseía sobre el famoso dandí —(N. del A.)

de Brummell. Cuenta aún admiradores como el epigramático Cecil, curiosos como Mr. Jesse; enemigos... no sn cita ninguno. Pero entre los contemporáneos supervivientes, entre los pedantes de todas las edades—gentes honradas que tienen en el espiritu los dos brazos izquierdos que atribuía Rivarol á todas las inglesas—los hay que se indignan de buena fe contra el brillo asociado al nombre de Brummell: pobres mentecatos de una moralidad grave, reciben como un insulto esa gloria de la frivolidad. Lo único que aún no cuenta el gran dandi, es su historiador, es decir, su juez—juez sin entusiasmo y sin odio—y cada día que transcurre es un óbice para que nazca. Ya hemos dicho por qué. Si no aparece, la gloria habrá sido para Brummell un espejo más. Vivo, lo reflejó en la brillanie limpidez de su frágil superficie; muerto—al modo de los espejos, cuando ya no está delante la persona—nada conservará de su imagen.

VIII

Como el dandismo no es invención de un hombre, sino consecuencia de cierto estado social que existía antes de Brummell, quizá convendría levantar acta de su aparición en la historia de las costumbres inglesas y precisar su origen. Todo induce á pensar que ese origen es francés. La gracia entró en Inglaterra, al tiempo de la restauración de Carlos II, del brazo con la corrupción, que se decía entonces su hermana. Y lo ha hecho creer á veces. Presentóse atacando con las armas del ridículo la gravedad terrible é imperturbable de los puritanos de Cromwell. Las costumbres, siempre hondas en Inglaterra—cualquiera que sea su tendencia, buena ó mala—exa-

geraban la severidad. Para respirar, fuerza era sustraerse á su imperio, desabrochándose aquel apretado cinturón; y los cortesanos de Carlos II, que habían bebido en las copas de Champaña de Francia un loto que hacía olvidar los sombríos y religiosos hábitos de la patria, trazaron la tangente por donde cabía escaparse. Muchos se precipitaron por ella. «Los mismos discípulos aventajaron bien pronto á sus antiguos maestros, y, como ha dicho un escritor con graciosa exactitud (1), tenían tan buenos deseos de ser corrompidos, que los Rochester y los Shaflesbury saltaron un siglo por encima de las costumbres francesas del tiempo, y llsgaron hasta la Regencia.» No hablamos de Buckigham, ni de Hamilton, ni del mismo Carlos II, ni de todos aquellos en quien los recuerdos del destierro fueron más poderosos que las impresiones de la vuelta. Nos referimos más

(1) M. Amadeo Renée, en su introducción á las *Cartas de lord Chesterfield*, París, 1842.

bien á los que, sin dejar de ser ingleses, se sintieron invadidos por la corriente extranjera, y abrieron el reinado de los *bellos*, como sir Jorge Hevett; como Wilson, muerto en duelo por Law, según se dice; como Fielding, cuya belleza atrajo las escépticas miradas del indiferente Carlos II, y que después de casarse con la famosa duquesa de Cleveland, renovó las escenas de Lauzun con la gran *Mademoiselle*. Como se ve, el nombre mismo que llevaron acusa la influencia fraucesa. Otro tanto pasaba con su gracia: no era bastante indígena, no se hallaba bastante fundida con esa originalidad del pueblo en cuyo seno nació Shakespeare, con esa fuerza íntima que más tarde debía penetrarla. No hay que fiarse en apariencias; los *bellos* no son los dandíes; los preceden. Verdad es que ya se agita el dandismo bajo esa superficie, pero no aparece aún; ha de surgir del fondo de la sociedad inglesa. Fielding muere en 1712. Tras él, el coronel Edgeworth, alabado por Steel (otro *bello* en su juventud), continúa

la cadena de oro de los *bellos*, que se cierra en Nash, para volver á abrirse en Brummell, pero entonces con la adición del dandismo.

Porque, si el dandismo nació antes, la época en que adquirió su desarrollo y su forma es el intérvalo que media entre Fielding y Nash. En cuanto á su nombre (cuya raiz es quizá tambien francesa), no lo alcanzó hasta tarde. En Johnston no figura. Pero lo que significa existía, y existía, como es natural, en las personalidades más altas. En efecto: como el valor de los hombres dependen siempre de facultades que poseen, y el dandismo representa las que no tenian cabida en las costumbres, todo hombre superior debió teñirse, y se tiñó más ó menos, de dandismo. Sirvan de ejemplo Malborough, Chesterfield, Bolingbroke — Bolingbroke sobre todo, porque Chesterfield que nos ofrece en sus cartas el tratado del *Gentleman*, como Maquiavelo el del *Príncipe*, más que inventando la regla, describiendo la costumbre se apega mucho aún á la opinión reinante — y Malborough, con su belleza de mujer orgullosa, es más concupiscente que vanidoso. Sólo Bolinbroke es un completo y verdadero dandí de los últimos tiempos. Campea en su conducta el atrevimiento de los dandíes, su magestuosa impertinencia, su preocupación del efecto exterior y su vanidad siempre prevenida. Recuérdese que tuvo envidia de Harley, asesinado por Guiscard, y que, para consolarse, decía que el asesino tomó sin duda á un ministro por otro. Pero ¿qué más? — ¡cosa estupenda! — ¿no se le vió romper con la hipocresia de los salones de Londres, pregonando su amor por una naranjera, que solía colocarse bajo las galerías del Parlamento, y que probablemente no era guapa? (1) En fin, él fué el que inventó la divisa misma del dandismo, el *Nil mirari* de esos hombres — dioses de tejas abajo — que quieren provocar siempre la sorpresa conservando su impasibilidad (2). A

(1) *London and Westminster Review.*

(2) El dandismo introduce la cal-

nadie cuadraba, por supuesto, el dandismo como á Bolingbroke. ¿No venía á ser el libre pensamiento en achaque de maneras y conveniencias sociales, como lo es la filosofía en materia de moral y de religión? A ejemplo de los filósofos que ponían sobre la ley un deber supremo, los dandíes, por su propia autoridad, anteponen una regla á la que rige los círculos más aristocráticos, más aferrados a la tradición

---

ma antigua en el seno de las agitaciones modernas; pero la calma de los antiguos procedía de la harmonía de sus facultades y de la plenitud de una vida libremente desenvuelta, en tanto que la calma del dandismo es la actitud de un espíritu, harto de revolver ideas, y demasiado displicente para animarse, para entrar en calor. Si un dandí fuese elocuente lo sería á semejanza de Pericles, con los brazos cruzados debajo del manto. Véase la actitud arrebatadora, impertinente y modernísima, del Pirro de Girodet escuchando las impresiones de Hermión. Eso haría comprender lo que quiero decir mejor que cuanto estoy escribiendo.—(N. del A.)

(1); y, merceda la burla, que es un ácido, y a la gracia, qué es un fundente, consiguen hacer pasar esa regla mudable, que no es, en fin de cuentas más que la audacia de su propia personalidad. Es un resultado curioso y que está en la naturaleza de las cosas. Por más firmes que se mantengan las sociedades, y por mucho que se cierren las aristocracias á todo lo que no es la opinión corriente, un día se levanta el capricho y da al traste con esos artificios que parecian inalterables, pero que estaban minados por el hastio. De esa suerte, en un pueblo de

---

(1) Y no hay para eso como los de Inglaterra. En Rusia, cuando la princesa de Aschekoff no llevaba rojo, daba una prueba de dandismo, y quizá excesiva, porque era un acto de la más escandalosa independencia. En Rusia, rojo quiere decir bello, y en el siglo XVIII los mendigos callejeros que no lo usasen no se hubieran atrevido á pedir.

Acerca de esa mujer véase Rulhiére, escritor que posee dandismo en la pluma, y pone el dedo en la llaga. Si la historia no fuese más que una anécdota, ¡como la escribiría!—(N. del A.)

un rígido porte y de un acentuado utilitarismo, la frivolidad, por una parte, y por otra, la imaginación reclamando sus fueros frente á una ley moral demasiada estrecha para ser verdadera, produjeron un arte de las maneras y de las actitudes, cuya acabada expresión fué Brummell, y expresión que no volverá á igualarse nunca. Se verá porqué.

IX

Jorge Bryan Brummell, nacido en Westminster, era hijo de W. Brummell, *esquire*, secretario particular de aquel lord North, dandí también á ciertas horas que se dormía en el banco ministerial, de puro desdén, ante los más virulentos ataques de los oradores de la oposición. North hizo la fortuna de W. Brummell, hombre de orden, capaz y activo. Los libelistas, que claman contra la corrupción esperando que los corrompan, llamaron á lord North el dios de los gajes *(the god of emoluments)*. Pero la verdad es que, al pagar á Brummell,